

Fueron á avisarle á la señora duquesa, quien mandó que lo introdujeran á su presencia cada vez que se presentara.

Las dos camareras se miraron.

—Sea en buena hora! dijo la señora Dalmas.

—El *groom* tiene privilegio esclusivo, murmuró Susana.

Despues de un momento de silencio, empleado en arrepentirse de haber hablado, Susana dijo:

—Despues de todo, es el protegido de la señora!

—La cosa es sencilla, como no puede mas! apoyó la señora Dalmas.

XX

MISTERIOS

Juan, el lindo *groom*, permaneció un largo cuarto de hora, con la señora duquesa quien prohibió que la interrumpieran.

A las seis de la tarde volvió.

Susana, que logró entrar esta vez, en el momento en que él salia, vió que la pluma de la señora duquesa estaba húmeda.

Luego habia escrito.

Juan volvió otra vez á las diez de la noche, y la señora tornó á escribir.

ALFONSO

D. A. N. LI

Las dos camaristas se morían abrasadas por el deseo de comunicarse sus observaciones. Pero se guardaban muy bien de ello.

Ambas pensaban por sí.

—Este vizconde ha dado una prueba de gran talento, tomando á su servicio al astuto Juanillo!...

En el momento en que la señora duquesa acababa su tocado, el buen Juanillo vino por la cuarta vez.

Hizo salir al punto á la señora Dalmas y á Susana, quienes dijeron para su coletto:

—Pues señor, las cosas marchan!..... pero marchan muy aprisa!

El amor de la correspondencia epistolar le habia acometido á la duquesa con un positivo furor.

Las dos camaristas hubieran dado lo que no tenían por poder aplicar el oído á la cerradura de la puerta; pero mutuamente se hacían malaobra.

Sin este antagonismo celoso de los criados, el oficio de amo sería imposible.

—Has entregado la carta? preguntó la duquesa al groom.

—Sí, señora! respondió el niño.

—Y qué hay de nuevo en casa de tu amo?

—Nada.... no he sabido mas que una cosa: el camarista ha recibido la orden de dejar entrar al señor Jorge Leslie á media noche.

—Qué ha hecho el vizconde en el tiempo que ha mediado entre la partida del general y la llegada del señor Leslie?

—Se ha estado ejercitando en el tiro de pistola y de carabina, en el jardín; luego ha dormido!

—Habias visto algunas veces á ese señor Benito en casa del vizconde?

—Nunca.

—Juan, hijo mio, le dijo la duquesa, te doy las gracias. Me has pagado hoy muchísimo mas de lo que me pudiera deber tu madre.

—Mi madre me ha dicho, replicó el groom, que mi sangre y mi vida son de la señora duquesa.

Y habia sobre su rostro honrado é inteligente, una sombra de tristeza.

—Supongo que no crees, le dijo la duquesa, que tenia miedo de adivinar su pen-

ALFONSINA

U. A. N. L.

samiento; supongo que no crees que te he hecho cometer una mala acción, ¿no es verdad?

—Oh! exclamó el niño; en la casa todos sabemos que la señora duquesa es una santa!

—Sin embargo.....

—Sin embargo!..... repitió la duquesa, El niño tenía la frente y las mejillas cubiertas de rubor.

La duquesa le dijo:

—Habla, Juan; yo lo quiero.

Pero ella también se ruborizó, y su mirada perdió su altivez.

—Un favor es lo que tengo que pedirle á la señora duquesa, balbuceó el buen Juanillo. Si la señora duquesa supiese de un destino.....

—Para qué, Juan? No estáis contento con el vizconde?

—Oh! sí tal, señora..... es muy bueno para conmigo!

—Pues entonces!.....

—Precisamente por eso..... He faltado hoy á mis deberes para con él, señora.....

comprendo que no puedo permanecer mas tiempo en la casa.....

La duquesa de Rivas le tendió la mano, y lo atrajo á su seno.

—Juan, le dijo; era para evitar una gran desgracia..... Saldrás de la casa de ese hombre, en efecto..... Teneis un noble corazón, Juan.... Yo te pondré en el colegio..... Desde hoy eres mi hijo.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas. Parecía mas bien resignado, que alegre. Mientras mas grande era el precio que le ofrecían, mas y mas le oprimía el corazón un vago remordimiento.

—Anda! replicó la duquesa. Tu amo saldrá á media noche. Es preciso que tú lo acompañes..... Acuérdate, de que si teneis algo que decirme esta noche, mandarás que me llamen, aun cuando esté rodeada de príncipes!..... Anda, Juan..... si tuvieras unos años mas, te habria dicho mi secreto!

Quando la duquesa quedó sola, permaneció largo tiempo inmóvil, con la frente apoyada sobre su mamo.

Estaba muy pálida.

Su mirada brillaba con un resplandor sombrío, bajo la erizada franja de sus pestañas.

—Tengo razon! dijo al fin, irguiéndose y levantando su hermosa cabeza. Conozco que tengo razon! Dios no castiga estos amores que nada le piden á la tierra.... Moriré antes de ser de él.... Pero si me le matan, mataré yo tambien!

El espejo que estaba frente á ella repitió su imágen.

Se miró de hito en hito, y repitió:

—Tengo razon!.....

—Y bien, señor Juan, decia en el entretanto la señora Dalmas al groom á quien habia detenido al paso; ya sois todo un hombre.... Os encargan comisiones de confianza!

—Es preciso mucha discrecion, señorito Juan! añadió Susana acariciándole las mejillas.

Juanillo las saludó con amabilidad, y se escabulló.

La señorita Susana añadió:

—La señora duquesa es quien ha colocado á ese querubin en casa del señor de Villiers.... Vos, que habeis leído tantas novelas, señora Dalmas, no hay por ahí alguna que tenga por titulo....

—*La condesa Hortensia ó las consecuencias de una buena accion*.... Sois una lengua viperina, querida niña!....

La campanilla de la señora duquesa sonó.

Las dos camaristas se precipitaron al propio tiempo para acudir al llamamiento.

Encontraron á la duquesa tranquila y risueña.

—Mis cabellos! dijo.

Parece que la señora duquesa habia tenido en algun tiempo esa luenga cabellera que le deseábamos hace un momento. Lo que ella llamaba *sus cabellos*, era una especie de *camail* formado de trenzas ligeras, tegidas como red y adornadas en cada malla con un diamante.

Muy pocas mujeres en el mundo hubieran podido dar la cantidad de cabellos que

se necesitaba para formar aquella opulenta red, cuyo dibujo resaltaba negro y brillante sobre un fondo de raso carmesí.

Era un capotillo espléndido; pero no era demasiado bello para la señora duquesa de Rivas.

Habia algunos que pretendían conocer la historia de ese maravilloso vestido.

Se aseguraba que la señora duquesa cuando aun era niña, hubiera podido cubrirse enteramente con su cabellera desatada.

Habia formado un voto. Y las tigras hicieron desaparecer en una noche esta cabellera que era una obra maestra de Dios. Esta hermosa profusion de bucles cayó.

El enamorado duque de Rivas, quiso hacer de esta cabellera una reliquia régia.

De aquí resultó esa manteleta, que hacia decir á los poetas, que la duquesa caminaba en medio de un rayo del sol.

Pero cuándo habia sido ese voto?....

La señora de Rivas estaba lista. Dió orden de que se avisase al señor duque.

Las historias contadas la víspera en el hotel de Boistrudan, hacían furor esta noche en la embajada del Brasil. La señora duquesa estaba orgullosa de oír repetir á su derredor esos nombres que en alguna manera le pertenecían, puesto que habían salido de sus aposentos. El francés Eduardo: el conde Alberto de Rosen: Towah el Panie: M. Benito llamado el Mohicano: el irlandés que vendía los billetes del Leon: los Golden-dagger: los vecinos, y por fin esta romancesca doña Cármen, la hija del alcalde, cuya belleza suprema alumbraba todos esos recuerdos.

Elena, muda y pensativa, se encontraba distraída al lado de su madre.

—Pero tened presente, decia la señora marquesa á los que se le acercaban como á la fuente mas segura donde podían tomar mejores informes, tened presente que bien pronto sabrémos el nombre de ese miserable francés.... figuraos que es uno de nuestros conocidos.... y tiemblo solamente al pensar que hemos podido estrecharle la ma-

no! Enrique me ha prometido formalmente nombrarlo.

—Hay mas, añadió tomando un aire misterioso... el conde Alberto de Rosen está en Paris..... Y algo me dice que pronto lo veremos. Nosotros estamos muy bien, porque tenemos dos personas que nos lo presentarán. El general O'Brien y M. Jorge Leslie.

Los que no sabian la historia se la hacian repetir.

Muchos dudaban de la realidad de tan fantásticas aventuras; pero aquí habia una circunstancia que nadie ignoraba.

Y era, la noticia de la partida de Rosen, que abandonaba Baltimore para venir en busca de su enemigo á Paris.

Un duelo americano en el departamento del Sena! uno de esos combates salvajes, cuyo simple relato siempre nos llena de asombro, dado en el bosque de Boulogne ó en la llanura de San Dionisio. Esto parecia tan curioso como imposible, aunque no del todo.

Qué hacer para verlo? ...
Si Rosen y su adversario obtuyesen el

permiso del señor prefecto de policía, y fijasen unos anuncios, Dios sabe que *todo Paris* concurriria á este espectáculo nuevo de un duelo á la carabina, con mas gusto que al cansado *Steeple-Chase* de la Cruz de Berny!

Salimos garantes de que presentarian tres mil carruajes, de ellos, mil quinientos de alquiler: y de que habria un gran número de tiendas improvisadas por todos aquellos que quisiesen tener esta honrosa especulacion.

Por todas partes se buscaba al vizconde Enrique de Villiers, que decididamente se habia hecho el lion á causa del conocimiento particular que tenia del negocio.

Se solicitaba todavia mas á ese Jorge Leslie, personaje un poco misterioso, y que por sí solo escitaba una viva curiosidad.

La noble porcion de *todo Paris*, que llenaba los salones de la embajada se ocupaba enteramente de estas extraordinarias aventuras.

La política y la bolsa fueron olvidadas por ese dia.

Hay una palabra que siempre domina á

ALFONSINA

UNIVERSITARIA

D. A. N. L.

la multitud; la palabra varia segun son los elementos que la componen: esta palabra es tambien el pensamiento de la reunion.

Un grupo de viajeros dice: *Artículo* una compañía de comediantes dice: *creacion ó compromiso*; en medio de militares: *oficial permutar*, una banda de estudiantes: *pipa, clara*, una compañía de hombres serios: *prima, propiedad raiz*; un grupo de lindas jóvenes: *alejandrina, el señor conde, la etiqueta*, un arcópago de académicos: *jóven, en otro tiempo*: un puesto de guardia nacionales *el primer quinto mi muger*.....

Aquí, á pesar de la heterogénea formacion de la asamblea, la palabra que por todas partes se oia era: Los cuchillos de oro, los cuchillos de oro!

Hubo un momento de silencio, cuando el vizconde de Viliers, con su vestido de Golden-Dagger, y llevando como un adorno el famoso cuchillo de oro, hizo su entrada en el salon con Jorge en traje de vecino de San Felipe de Sonora.

El vizconde condujo á Jorge hasta la duquesa de Rivas, que se hallaba sin careta, á la entrada del segundo salon.

Todo el mundo notó, que la señora duquesa, pálida como una estatua de mármol, recibió al extranjero con una simple inclinacion de cabeza, y que no pronunció una sola palabra.

Jorge se puso tambien pálido, mas despues se coloró su frente de un vivo encarnado.

Dió la mano al vizconde y le dijo; hasta luego.

El vizconde permaneció solo con un personage de singular aspecto, que lo seguia como un perro, y que á pesar de su máscara se notaba que temia ser observado.